

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

VIGILIA DE PENTECOSTÉS 2006

Vigilia de Pentecostés 2006

3 de junio de 2006

Desde el cielo, donde se ha sentado a la derecha del Padre, Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, nos envía al Espíritu que habitará para siempre en el corazón de los redimidos por Él. El Espíritu, como dice Jesús a los apóstoles, nos enseña toda la verdad sobre Dios, pero lo hace dándonos la Verdad que es el mismo Dios, interiorizando en nosotros la vida divina y haciendo posible que llamemos a Dios «Padre», y a su Hijo Jesucristo, «Señor». Ésta es la gracia que nos viene del Bautismo de fuego y de Espíritu que Jesús había anunciado a los suyos.

En realidad lo que llamamos vida espiritual no es otra cosa que dejar que el Espíritu, que tomó posesión de nosotros en nuestro Bautismo, nos posea totalmente, nos conduzca y nos guíe hacia la plenitud de la vida eterna. Aunque el día de nuestro Bautismo pasamos ya de la muerte a la vida, es preciso que ese paso se haga realidad en nuestra vida diaria. Y se realiza cuando dejamos que el Espíritu de Dios nos transforme cada vez más en Cristo, nos haga semejantes a él, hasta que aparezca en nosotros la imagen de Cristo en todo lo que somos y hacemos. Si nos dejamos llevar por el Espíritu de Dios como hijos suyos, abandonaremos para siempre las obras de la carne, y viviremos la vida del Resucitado.

En realidad, esto es el apostolado, el de los seglares y el de los sacerdotes y consagrados: dejar que brille en medio del mundo la vida que los cristianos llevamos dentro. Se trata, en primer lugar, de que Dios sea todo en nosotros, de que brille su gloria en la carne humana, en la existencia de los cristianos,

apóstoles es nuestra dicha como Iglesia, nuestra identidad más profunda. ¿Así lo vivimos los que nos decimos cristianos? Me temo que no, que un miedo absurdo nos atenace y seamos incapaces de crear generaciones de hombres y mujeres nuevos, que quieran ser testigos del amor de Dios, por su adhesión inquebrantable a Jesucristo y a su Iglesia, tanto en las relaciones familiares como sociales, profesionales y de ocio.

¡Hay tantos desanimados y desilusionados ante la falta de frutos pastorales o ante los cambios acelerados de una vida aparentemente sin Dios por la indiferencia religiosa! Yo creo, sin embargo, que no podemos afirmar que creemos en Jesucristo y luego que esta fe sea decorativa, que no se traduzca en una vida nueva, en un comportamiento diferente de los que dicen no creer. Y es que la Iglesia va creciendo gracias a la ayuda del Espíritu Santo. Él es el alma de la Iglesia. Él enseña a los fieles el sentido profundo de la doctrina de Jesús y su misterio. Hoy, como en los inicios de la Iglesia, el Espíritu actúa en cada predicador del Evangelio que se deja poseer por Él y pone en sus labios palabras que Él solo no sabrá encontrar, disponiendo el interior de los que le escuchan para abrirlos a la Buena Noticia del Reino.

Se borra a veces de nuestro horizonte que un cristiano no actúa nunca en nombre propio, sino en nombre de Cristo y como mujeres y hombres de Iglesia. ¿Cómo vamos, si no, a transmitir la fe católica? Si no está el Espíritu con sus dones nada haremos. Seguiremos confundiendo apostolado con activismo, olvidando la intimidad con Jesucristo, el único Salvador. No será posible evangelizar sin un conocimiento profundo e intenso de Jesucristo, sin hacer nuestros sus sentimientos, actitudes y su comportamiento. Por eso sucede a menudo que llamamos evangelizar a cualquier actividad o a cualquier compromiso sociopolítico. Nunca ha sido posible evangelizar sin dejarse evangelizar.

Jesucristo es el centro. De Él nos habla el Espíritu Santo y nos enseña el contenido siempre nuevo de sus palabras y acciones. Pero, ¿habrá evangelizadores sin un amor concreto a la Iglesia, no la Iglesia ideal, sino la concreta con los pecados de sus hijos, que somos nosotros? No nos encuentra Cristo, ni podemos a Él encontrarle sin contar con la Iglesia, con ese seno en el que somos engendrados a la vida nueva del Resucitado. Esta Iglesia no puede ser una Iglesia silenciosa, callada, escondida en las sacristías

principio invencible de inmortalidad más allá de la historia, sino que posee también una fuerza incalculable de renovación» (Pablo VI, Audiencia General, 12-6-1974).

¿Tenemos retos que superar, problemas que nos rodean, peligros que nos acechan? Sin duda. Y son los nuestros, los de esta época, pero, ¿tenemos derecho a arrugarnos, si está con nosotros el Espíritu, que nos dice que todo lo podemos en Aquél que nos conforta; ese Espíritu que rompe las barreras, que nos evita ser una secta, que renueva nuestra juventud cada día? Os invito, hermanos, a reunirnos en oración con María y esperar en esta Eucaristía de nuevo el don que es el Espíritu Santo.